

neras algo como si fuera una amenaza, y que ésta no le sienta bien.

Edith se echó á reír. Los brillantes que se destacaban sobre su cutis se estremecieron y temblaron. Leyendas hay en que se cuenta que ciertas piedras preciosas palidecen cuando corre peligro inminente quien las lleva. Si los brillantes de Edith hubieran tenido tal virtud, en aquel momento habrían perdido toda luz, quedándose opacos como el plomo.

Carker escuchaba, pero sin levantar los ojos.

— Por lo que toca á mi hija, señora — dijo mister Dombey sin interrumpir su discurso, — no es el menor de sus deberes aprender de qué conducta ha de abstenerse. Ahora está siendo usted un ejemplo palpable de este orden y espero que sabrá aprovecharlo.

— Ya puede usted hablar ahora — repuso Edith serena — y no hay cuidado de que le interrumpa. Ni me marcharé, ni me moveré de este sitio, aunque se pegue fuego á la casa.

Mister Dombey hizo un movimiento de cabeza, como dando irónicamente gracias por aquella atención y prosiguió, pero con menos dominio de sí mismo, desconcertado al ver que Edith capitulaba ante Florencia y no se alteraba por él ni por sus amenazas.

— Mistress Dombey — prosiguió su marido, — conviene por demás á mi hija el aprender hasta qué punto es verdaderamente deplorable, hasta qué grado es necesario corregir una obstinación tan aferrada, especialmente cuando con manifiesta ingratitud — ingratitud, esta es la palabra, — viene después de satisfecho el interés y de colmada la ambición, móviles que han contribuido en gran parte, persua-

dido estoy de ello, á la presencia de usted en esta mesa.

— No, no hay cuidado de que le interrumpa. Ni me moveré de este sitio, aunque se pegue fuego á la casa — repitió Edith.

— Comprendo, mistress Dombey — prosiguió su marido, — que será molesto para usted oír estas desagradables verdades en presencia de otros oyentes — y diciendo ésto dirigió mister Dombey una significativa mirada á su hija, — pero nadie mejor que yo puede dar á estas observaciones todo el interés que se merecen. Es natural que no le agrade á usted oír que existe en usted un ánimo absolutamente indómito y que es indispensable, señora, que se sobreponga usted á él y lo domine. Ya me acuerdo, y siento mucho tenerlo que recordar ahora, que antes de nuestro casamiento revelaba usted el mismo carácter, la misma insumisión — que yo veía con pena — para con su difunta madre. Pero, en fin, tiene usted el remedio en sus manos. No crea usted, señora, que al empezar estas observaciones había dejado de notar la presencia de mi hija. Acuérdesse usted á su vez mañana de que habrá muchas personas presentes; por respeto á las apariencias, espero que se servirá usted recibir de una manera conveniente.

— Es decir — repuso Edith, — que no le basta á usted saber lo que ha pasado entre nosotros; no le basta con poder mirar de ese lado (y señaló á Carker que seguía con los ojos bajos) y acordarse de todas las afrentas de que me ha hecho usted víctima; ni tampoco le basta con poder mirar de este otro lado (y señaló á Florencia por primera y única vez en el diálogo) y pensar en cuanto usted ha hecho para atormentarme todos los días, todas las horas, á cada ins-

tante; no, no tiene usted suficiente con que hoy sea el día del año que rememora mi gran lucha (incomprensible para usted aunque haya sido usted su causante) y en la que yo hubiera querido perecer. No le basta, y para coronar su obra quiere usted que sea *ella* testigo de mi rebajamiento, usted, á sabiendas de que en obsequio á ella, á su tranquilidad y sosiego, he sacrificado el único sentimiento honroso que me queda; á sabiendas, porque lo sabe usted, de que por ella, únicamente por ella, quisiera poder someterme — no puedo, mi alma es incapaz de sobreponerse á la repugnancia que por usted siente; — quisiera, por ella, someterme á todos los caprichos de usted, obedecerle como vasallo humilde, y sabiendo esto, aún no tiene usted suficiente, aún usted habla...

No era este el camino para llegar á la grandeza de mister Dombey. Al contrario, tales palabras acabaron de excitar su fiereza. Otra vez venía á interponerse su hija, otra vez aquella niña abandonada se le interponía en la vida, con poder superior al suyo, siendo fuerte donde él era débil, siéndolo todo donde él no era nada...

Volvióse hacia Florencia y la mandó que se fuera del comedor. Florencia obedeció y se marchó temblando y sollozando.

— Ya comprendo, señora — dijo mister Dombey con la satisfacción del triunfo; — ya comprendo que su espíritu de contradicción la lleva hasta inclinar sus afectos de ese lado; pero está previsto ese caso, está previsto, señora, y salvado.

— Peor para usted — dijo Edith siempre inalterable en voz y en actitud. — Peor para usted. Porque lo que es peor para mí se torna veinte millones de

veces peor para usted. Supongo que ésto lo entenderá usted, ya que no entienda lo demás.

La diadema de brillantes chispeó entre su cabellera negra como luceros entre nubarrón tempestuoso. No tenían la virtud legendaria, y por ésto no se tornaron opacos en el acto como honor mancillado.

Carker seguía sentado y escuchando, y sin alzar los ojos.

— Mistress Dombey — dijo su marido tratando de que no se aminorase su actitud de arrogancia, — no obtendrá usted mi benevolencia ni me inclinará usted á cambiar de propósito con ese modo de conducirse.

— Pues este modo no constituye más que una brevísima expresión de todo lo que siento y no expongo — repuso Edith. — Por supuesto, si sospechase que este modo de proceder mío podía inclinar el ánimo de usted á la benevolencia, haría el mayor esfuerzo humano posible para modificarlo. No haré nada de lo que usted pide.

— Yo no pido, señora, yo mando — contestó mister Dombey.

— Ni mañana, ni en ninguna circunstancia semejante á la de mañana, ocuparé yo un sitio en esta casa. No quiero que me exhiba usted ante la gente como si fuera yo una esclava rebelde que al fin ha conseguido usted domesticar. Si conmemorase yo mi casamiento sería un día de vergüenza. ¡El propio respeto, las apariencias ante el mundo! ¿Qué es ésto para mí? Usted ha hecho cuanto ha podido para que eso no sea nada para mí y no es nada en efecto.

— Carker — dijo mister Dombey después de reflexionar un momento y frunciendo el ceño, — mistress Dombey se olvida tan completamente de sí misma y de mí, me coloca en una posición tan inusi-

tada en mi carácter, que es indispensable poner término á esta situación.

— Pues, suélteme usted — dijo Edith sin alterarse; — suélteme usted de la cadena que nos une. Déjeme libre.

— ¡ Señora! — exclamó mister Dombey.

— Suélteme usted. Déjeme libre.

— ¡ Señora! — volvió á exclamar mister Dombey.

— Dígame usted — prosiguió Edith volviendo su altivo rostro á Carker, — dígame usted que requiero nuestra separación. Que lo mejor que podemos hacer es separarnos; que se lo recomiendo. Dígame usted que ponga las condiciones que le plazcan, me es indiferente su fortuna, lo que quiero es separarme de él cuanto antes.

— ¡ Santo Dios, señora! — exclamó mister Dombey en el colmo del estupor. — ¿ Qué está usted diciendo? ¿ Cómo puede usted imaginarse que su proposición es atendible? ¿ No me conoce usted, señora? ¿ No sabe usted quién soy? ¿ Ha oído usted alguna vez hablar de Dombey é Hijo? Diría la gente que mister Dombey — ¡ mister Dombey! — se había separado de su mujer. El vulgo hablaría de mister Dombey y de sus asuntos domésticos. ¿ Puede usted pensar eso seriamente, señora; cree usted que puedo permitir el que mi nombre rueda en esos términos? ¡ Bah! Señora, usted ha perdido la cabeza; ¡ vaya un absurdo!

Y mister Dombey se echó á reír á carcajadas.

Y Edith también se echó á reír. Pero, ¡ de qué manera! Más le hubiera valido caerse muerta que reírse de aquel modo. Y á él también más le hubiera valido caerse muerto que estarse allí, en su magnificencia, oyéndola.

— No, señora — continuó mister Dombey; — no

es posible semejante separación. Por consiguiente, piense usted en el cumplimiento de sus deberes.

Y, en seguida, dirigiéndose á mister Carker, prosiguió :

— Así, pues, como iba diciéndole...

Carker alzó entonces los ojos en los que se advertía un desusado brillo.

— Como iba diciéndole, Carker, puesto que las cosas han llegado á tal extremo, le ruego informe á mistress Dombey que no entra en mi norma de vida el someterme á la voluntad de nadie — de nadie, Carker, — y que no puedo permitir que se haga un alarde de obedecerme por consideraciones ajenas á la única que debe subsistir, que es la de obedecerme por mí mismo. La mención aquí de mi hija, el uso que de mi hija se ha hecho, en oposición, en contra mía, es atentatoria á las leyes de la naturaleza. Acaso está de acuerdo mi hija con mistress Dombey; no lo sé y no quiero saberlo; pero, después de lo que mistress Dombey ha dicho; después de lo que mi hija ha oído, tengo que tomar una resolución, que usted me va á hacer el favor, Carker, de transmitir á mistress Dombey, y es que si esta señora continúa dando motivo á discusiones como la de hoy, consideraré responsable de ella, hasta cierto punto, á mi hija, pues la propia confesión de mistres Dombey me da á entender que lo es en efecto. Ha dicho mistress Dombey que si es ó no es bastante, esto ó lo otro; no, no es bastante nada de cuanto lleva hecho. Dígaselo usted de mi parte.

— ¡ Un momento! — exclamó Carker interrumpiendo. — Permitame usted, mister Dombey. Aunque mi posición es muy desagradable, sumamente desagradable, porque mi parecer difiere del de usted en

esta circunstancia, no puedo menos de preguntarle si no haría bien en reflexionar sobre la idea de una separación. No desconozco que esto parece incompatible con la elevada posición social que usted ocupa; no ignoro cuán firme es la resolución de usted cuando deja entender á mistress Dombey que la muerte, y nada más que la muerte, podrá separarlos — y al decir ésto, Carker dirigió una mirada intensa á Edith; — pero, supuesto que, como usted afirma, la presencia de mistress Dombey en esta casa le hace la vida intolerable, ¿no valdría más poner término á todas las contiendas, dejar á salvo al mismo tiempo á miss Dombey, mediante el sacrificio en que mistress Dombey consiente y con el cual se deja intacta la posición de usted sin que haya menoscabo de su grandeza?

Otra vez miró Carker á Edith, mientras ésta dirigía la mirada á su marido y se sonreía con extraña expresión.

— Carker — repuso mister Dombey frunciendo más y más las cejas y con un tono que no admitía réplica, — usted se equivoca respecto á la situación suya al darme su parecer en este asunto y respecto á quién soy yo imaginándose que he de escucharle. Me sorprende mucho. Y no tengo más que decir.

— Sin embargo — repuso Carker con desusado é indefinible sarcasmo en su acento, — es posible que quien se ha equivocado sobre mi situación haya sido usted al honrarme con determinados mensajes.

— De ninguna manera — se apresuró á contestar mister Dombey con la mayor altanería. — Yo le he empleado á usted...

— En concepto de persona inferior y para humillación de mistress Dombey. Es cierto. Era cosa enten-

dida — dijo Carker. — Ya lo había olvidado, usted dispense.

Hizo Carker una reverencia muy cortés á mister Dombey, cortesía que no concertaba muy bien con el tono de sus palabras. Y, volviendo la vista hacia Edith, se quedó un instante mirándola.

Mejor hubiera sido para Edith volverse horrible de repente y caerse muerta que sonreirse como lo hizo con toda la majestuosidad de su desdén y su belleza. Levantó su mano á la diadema de brillantes que radiaban en su cabeza y, arrancándosela con tanta fuerza que se le deshizo el peinado cayendo en rizos su cabellera por los hombros y espalda, arrojó las preciadas joyas por el suelo. Despojóse de las pulseiras de brillantes, las tiró al suelo con el collar y la diadema, y pisoteó aquel rico montón de preciosas piedras. Luego, sin pronunciar una palabra, sin que una sola nube empañara la serenidad de sus ojos, sin cambiar aquella expresión de su sonrisa, miró por última vez á mister Dombey, se encaminó á la puerta y se marchó.

Florencia había oído, antes de salir del comedor, lo bastante para comprender que Edith seguía queiriéndola; que ella había sido la causa de los sufrimientos de Edith; que por ella, porque conservara su sosiego, había hecho Edith el sacrificio de su propia tranquilidad. No podía hablarla de ésto Florencia — no quería tampoco, en vista de su resistencia; — pero sí deseaba darla un estrecho y silencioso abrazo, demostrándola así cuán sensible era á su modo de proceder y cuánto se lo agradecía.

Mister Dombey salió aquella noche solo. Su hija, en seguida que notó la ausencia de su padre, recorrió la casa para ver si se encontraba con Edith; pero

ésta se había encerrado en sus habitaciones, y Florencia no se atrevió á llamar en ellas por miedo á contristar más á Edith.

Cruzaba Florencia por una galería de comunicación, situada á poca distancia de la escalera y que no se alumbraba sino en las grandes ocasiones, cuando á través de un arco de cristales distinguió la figura de un hombre. Pensó Florencia que aquel hombre que bajaba por la escalera, sería su padre, y, temiendo hacer ruido, se quedó parada. Aquel hombre pasó cerca de la vidriera y Florencia le conoció, era mister Carker. Ningún criado le acompañaba, nadie se hallaba en el portal para despedirle; él mismo abrió la puerta, sin ruido, y se marchó cerrando también discretamente.

La invencible repugnancia que aquel hombre la producía, acaso también el pensamiento de que había estado en acecho de alguien, aun en circunstancias tan inocentes, impresionaron tanto á Florencia que la hicieron temblar desde los pies á la cabeza. Sintió como si se la helara la sangre, y por un momento se quedó sin poderse mover de su sitio. Luego, tan pronto como pudo, corrió á su gabinete y cerró la puerta. Pero tal horror era el suyo que, á pesar de tener á su lado el perro, siguió asustada como si la amenazase algún peligro oculto.

Pasó toda la noche con pesadillas inquietantes. Muy temprano se levantó, sin haber descansado, y siempre bajo la impresión de los disturbios domésticos que había presenciado, fué en busca de Edith por todas las habitaciones. Así transcurrió la mañana, pero Edith no salió de su gabinete. Enteróse Florencia de que no tendría lugar la comida proyectada el día precedente, y pensó que no dejaría Edith de salir

como había dicho al comienzo de la disputa. En consecuencia, resolvió estar al cuidado para salir á su encuentro en la escalera.

Al anoecer oyó Florencia pasos, pareciéndole que era Edith quien andaba por el pasillo. Inmediatamente salió del cuarto donde estaba esperando. Era, efectivamente, Edith que ya bajaba la escalera.

¡Cuál no fué la sorpresa de Florencia al ver que, huyendo de sus brazos abiertos, se echaba Edith atrás, diciéndola!

— ¡No me toques, déjame pasar, apártate!

— ¡Mamá!

— ¡No me des ese nombre! ¡No me hables, no me mires, Florencia! ¡No me toques!

Florencia quedó sobresaltada mirando aquella espantada faz de ojos extraviados. Parecióle ver, como en sueño, que Edith se tapaba la cara con las manos, y, temblando, se deslizaba hasta escapar á la manera de un animal fugitivo, saltando los escalones y precipitándose por la puerta á la calle.

Florencia se cayó en la misma escalera, presa de un síncope. Allí la encontró mistress Pipchin, según supuso luego Florencia; pues no se acordaba de nada cuando recuperó el sentido, tendida en su cama y rodeada de varias sirvientes de la casa, entre ellas la misma ama de llaves.

— ¿Dónde está mamá? — fué su primer pregunta.

— Come fuera — contestó mistress Pipchin.

— ¿Y papá?

— Mister Dombey está en su cuarto — volvió á contestar mistress Pipchin, añadiendo: — Y lo mejor que puede usted hacer es acostarse.

Este era el remedio que contra toda clase de male recomendaba aquella sagaz dueña, especialmente cuando la persona indispuesta tenía decaimiento de ánimo y no le era posible dormir; por esto, en los buenos tiempos del castillo de Brighton, más de una vez había hecho acostarse á sus jóvenes víctimas cuando ni aún eran las diez de la mañana.

No prometió obediencia miss Dombey; dijo únicamente que deseaba estar sola. Cuando se vió, en efecto, libre de mistress Pipchin y sus acompañantes, entonces fué cuando rompió á llorar, aún más asustada que lo estuvo la noche precedente.

Determinóse á no acostarse antes de que regresara Edith; caso de que no consiguiera hablarla, quería estar segura de que Edith había vuelto á casa. Qué idea era la que inspiraba á Florencia semejante resolución, no lo sabía ella, ni tampoco quería pensarlo. Sabía únicamente que mientras no volviese Edith no hallaría reposo para su doliente cabeza ni alivio para su afligido corazón.

Pasaron horas, sonó la media noche. Edith no venía.

Florencia no podía leer, no podía estarse tranquila. Paseábase por su habitación, abría la puerta, escuchaba por la escalera, iba á la ventana, veía que la noche estaba muy oscura, oía cómo el viento silbaba, cómo daba la lluvia en los cristales. Miraba al cielo y, á intervalos, percibía la luna que huía por un proceloso mar de nubes como nave desamparada. Sentábase al lado de la lumbre y contemplaba mil figuras fantásticas que revoloteaban en las llamas. Todos estaban acostados en la casa, dos criados nada más velaban abajo esperando.

Dió la una. De cuando en cuando se escuchaba el

rodar de algún coche que se iba acercando y pasaba de largo por delante de la casa. Algún coche parecía detenerse, pero lejos. Poco á poco fué prolongándose el silencio. Mas no se oía absolutamente nada, más que el silbar del viento y el caer de la lluvia. Las dos. Edith no parecía...

Más agitada Florencia, paséase por su habitación, abre la puerta, escucha si hay ruido en la escalera, vuelve á la ventana y, con ojos llenos de lágrimas, contempla aquella pálida y fugitiva faz que, á intervalos, se deja ver entre las nubes serena y solitaria. ¡Las tres! Cada chispa que salta de la leña en la chimenea produce un efecto de terror en Florencia. Edith no vuelve...

Más y más agitada, Florencia sigue paseándose por la habitación y mirando por la ventana. La luna tiene el rostro cubierto, se oculta definitivamente. ¡Las cuatro! ¡Las cinco! Edith no viene...

Ya se sentía algún vago rumor en la casa. Comprendiendo Florencia que mistress Pipchin había sido despertada por uno de los criados en vela, y que se dirigía á las habitaciones de mister Dombey, salió de su cuarto y siguió al ama de gobierno, aunque manteniéndose á discreta distancia. Vió Florencia que mistress Pipchin llamaba á mister Dombey, que éste, apresurado, echada una bata por los hombros, daba órdenes. Era preciso averiguar si el cochero de la señora estaba en casa. En tanto que iban en su busca, volvió á entrar mister Dombey en su cuarto, vistiéndose en breves instantes. Ya estaba allí el cochero, había vuelto á casa á las diez, había conducido á la señora á su antigua casa de Brook Street, donde estaba esperándola mister Carker...

Florencia, de pie en el mismo sitio donde encontró

á Edith horas antes, todavía temblaba y casi no tenía fuerzas para escuchar lo que decían.

— Mister Carker — añadió el cochero — me ha despedido diciéndome que la señora no necesitaría el coche para volver.

Florencia vió que palidecía su padre y oyó que con temblorosa voz preguntaba por la doncella de la señora. Ya estaba toda la casa en movimiento; la doncella se presentó á mister Dombey como espantada y hablando en términos incoherentes : que había vestido á la señora muy temprano, lo menos dos horas antes de salir, y que la señora la había dicho, como algunas veces lo hacía, que no la esperase, que no la necesitaría luego. Que en aquel instante venía de las habitaciones de la señora, pero...

— ¿ Pero qué ? ¿ Qué pasa ? — oyó Florencia que exclamaba fuera de sí su padre.

— Que el gabinete está cerrado con llave y no se puede entrar.

Mister Dombey cogió al instante un candelero que, con la bujía encendida, estaba allí, en el suelo, olvidado por alguien, y echó escalera arriba con tal ímpetu, que Florencia no tuvo tiempo más que para echar á correr delante. Mientras se refugiaba en su cuarto, desesperada, con la cabellera flotante y los ojos horrorizados, oyó que su padre golpeaba en el gabinete de Edith con fuerza.

Saltó la cerradura. Entró mister Dombey en el cuarto. ¿ Y qué vió ? No lo supo nadie. Todos los ricos trajes, todas las joyas de Edith yacían por el suelo. En aquel mismo cuarto, en el espejo, que reflejaba la luz de su bujía, había visto mister Dombey, en memorable circunstancia, el rostro que le menospreciaba. En aquel mismo cuarto se había hecho la pre-

gunta, en vano, de qué sería de todas aquellas cosas el día en que volviera á verlas.

Lo cogió todo rabiosamente, lo metió en cajones y armarios. Vió unos papeles encima de la mesa, la escritura dotal hecha por él á favor de Edith y una carta. Leyó que Edith le abandonaba, que le había deshonrado, que había elegido aquel día conmemorativo de su boda para marcharse con el hombre que él había escogido para instrumento de humillación. Mister Dombey salió del gabinete, salió de su casa como un loco, echó á correr hacia Brook Street con la esperanza de encontrar allí á Edith y borrar de su rostro, con la mano, hasta las huellas de belleza.

Florencia, sin reflexionar lo que iba á hacer, se puso un sombrero y un chal y salió de su cuarto con propósito de correr á la calle en busca de Edith para cogerla entre los brazos y salvarla, restituyéndola á su hogar. Pero al salir á la escalera vió que los criados cruzaban de una parte á otra, azorados, cuchicheando entre ellos y escapándose cuando pasaba el amo. La constancia, que tan arraigada estaba en el carácter de Florencia, la indujo á que en aquellos momentos de desgracia pensara en su padre lo mismo que si éste, en sus días de felicidad, hubiera sido para ella tan bueno como su hija lo soñaba. No se daba cuenta Florencia de lo profunda que era la desgracia por su padre sufrida; pero la bastaba con verle ofendido y abandonado. Su inmenso cariño la impelia á correr al lado de su padre.

No estuvo mucho tiempo fuera mister Dombey; aún seguía llorando Florencia cuando le oyó entrar y dar órdenes para que todos siguieran en sus ocupaciones habituales. Oyó también que se recogía en sus

habitaciones privadas y que se paseaba á grandes pasos.

Obedeciendo al impulso de su afecto, tímida en otras circunstancias, pero atrevida en este caso de adversidad, bajó precipitadamente Florencia, vestida como estaba. Ya llegaba al cuarto de su padre cuando se abrió la puerta, era mister Dombey que salía. Florencia se adelantó á su encuentro resuelta á abrazarle, y exclamando :

— ¡ Oh ! ¡ Papá, papá !

Sí, le hubiera abrazado ; pero su padre, en vez de recibir su caricia, lleno de ira levantó la mano y la abofeteó cruelmente, de tal modo que Florencia estuvo á punto de rodar por el mármol del suelo. Y al mismo tiempo que la golpeaba la dijo lo que era Edith, y que se fuera con ella, que se fuera, ya que ambas habían estado siempre coligadas.

No se cayó Florencia á los pies de su padre ; no se tapó con sus temblorosas manos la cara por no verle, ni dió un grito, ni tuvo palabras de reproche ; no hizo más que mirarle y suspirar con un quejido de desolación. Le miró y vió la maldad, el odio que había en aquel hombre. Le miró y comprendió que ya no tenía padre en la tierra. Entonces la huérfana echó á andar y salió de la casa.

Se marchó de la casa. Por un momento pudo vérsela con la mano en la cerradura de la puerta, el suspiro de angustia en los labios. Un instante después, la oscuridad en que estaba la casa, por no haber abierto las maderas de las ventanas, desaparecía ante la luz de la mañana, en tanto que Florencia, inclinada la cabeza para disimular el llanto, marchaba por las calles.

CAPÍTULO XLVIII

HUÍDA DE FLORENCIA

En el extravío de su pena, de su vergüenza y miedo, la desamparada Florencia marchaba precipitadamente. Brillaba el sol, pero para ella era lo mismo que una noche de invierno. Torciéndose las manos y respirando amargamente, insensible á todo, excepto á la profunda herida de su pecho, iba huyendo como por una costa desierta, arrojada por el naufragio, sin más propósito que el de salvarse, el de hallar un refugio, un refugio cualquiera.

La hermosa calle por donde iba, el encanto de aquella mañana luminosa, el cielo azul y las fugitivas blancas nubes, la frescura del aire, nada producía la menor impresión en su mente abstraída. ¡ Un refugio, un refugio cualquiera, siempre que fuera lejos de aquel lugar que abandonaba !...

La gente transitaba ya por las calles, las tiendas se abrían, los sirvientes se asomaban á las puertas, era el comienzo de la vida diaria y del trabajo. Florencia vió que la miraban, que muchas personas al pasar se fijaban en ella con curiosidad y sorpresa ; algunas sombras se volvían hacia ella al mismo tiempo que unas voces desconocidas la preguntaban qué la